



# COSITAS SUELTAS

Por Carlos Robreño

La abuela por línea materna del hijo de Calixto Sanchez, la señora Ofelia Milanés Pantín nos envía una carta en la cual nos dedica frases sentidas que agradecemos profundamente, pero que declinamos por no creerlas merecidas.

No obstante, estimamos como uno de los más altos honores recibidos en nuestras tareas periodísticas, senda no siempre cubierta de flores, la promesa de que en el futuro, el recorte de un papel con unas palabras leales que escribimos en triste ocasión, ha de figurar junto a la misiva que a su pequeño vástago escribió, en vísperas de marchar hacia la muerte, el bravo expedicionario del "Corinthia".

Y de un íntimo drama emocional, amargos momentos que seguramente también se viven en otros hogares cubanos, nos informa nuestra respetable y respetada comunicante cuando nos dice que su nietecito aun ignora el trágico fin de su padre a quien cree trabajando en Miami.

"Le digo esto —añade en su epístola— porque no sé si usted concibe que soy cobarde y no me atrevo a decirle nada a este inocente. Me critican algunas personas, porque he prohibido que nadie le hable del doloroso suceso delante de él. ¿Qué debo hacer?"

Señora: padres y abuelos se hallan siempre a salvo de recibir el infamante calificativo de "cobarde" cuando se trata de sus acciones en relación con sus hijos o nietos, pues dicha conducta, aunque quizás pueda haber en ello alguna vez una equivocación, siempre está justificada por el cariño que se experimenta por esos pequeñuelos a quienes quisiéramos ver en

toda ocasión colmados de felicidad. Mas comprendemos su infinita angustia al verse compelida a desvanecer, al choque brutal de la realidad, tan dorada ilusión en el corazón de un niño de corta edad.

Empero, deje que transcurra la fecha de hoy, Día de los Padres, en su dichosa ignorancia, que el pobre huerfanito bese amorosamente el retrato de su padre ausente como si esperara volverlo a ver muy pronto.

Acaso, andando el tiempo, cuando ese niño vaya a una escuelita elemental a aprender las primeras letras, un día regrese a su casa con los ojos humedecidos por el llanto y al inquirir usted el motivo de sus lágrimas, le contará entre sollozos que un amiguito, un compañero, sin mala intención le preguntó en la clase, llevado por la curiosidad infantil, si él es el hijo de aquél que murió en las estribaciones de la Sierra Cristal. Y entonces usted lo abrazará junto a su pecho y le dirá toda la doliente verdad y le enseñará esa carta, sagrada reliquia cuyo simbólico contenido él habrá de interpretar para dar orgullosa respuesta a la pregunta de su condiscipulo.

Mientras, señora, usted y todos los cubanos debemos de rogar a fin de que el año que viene, al llegar esta señalada fecha que hoy se conmemora, hayan desaparecido los motivos de esta pugna fratricida que torpes empecinamientos han desatado entre nosotros, para que otros niños cubanos, como su nietecito, como muchos más, no sigan esperando inútilmente, en su ignorada orfandad, el regreso del padre amado que no ha de volver jamás.